

SAGRADA ESCRITURA

CARBAJOSA, IGNACIO, *Un escriba en la corte del rey. Leer el Antiguo Testamento desde Cristo*, Encuentro, Madrid 2012.

El libro recoge una serie de artículos elaborados por el autor en circunstancias diversas. Cada uno de ellos guarda con la tesis de fondo relaciones de intensidad y de profundidad diversa. No obstante la unificación de todos ellos en una obra conjunta tiene sentido desde un criterio hermenéutico fundamental: no sólo se puede, sino que se debe, leer el Antiguo Testamento desde Cristo, lo cual no es una violencia externa ejercida sobre los textos sino un gesto de fidelidad a la apertura que brota de los mismos textos en la medida en que estos son valorados no simplemente como literatura sino como expresión de una historia. Desde esta clave alcanza todo sentido y valor la lectura de la Antigua Alianza desde la luz aportada por la Encarnación de Jesucristo.

Algo que parece evidente (al fin y al cabo ya el Nuevo Testamento está escrito desde esa óptica y desde esa convicción) tiene que seguir siendo mostrado y demostrado. El actual debate entre el valor y el alcance del método histórico-crítico y de la lectura canónica es el marco adecuado para valorar el libro que comentamos. La fecundidad de este tipo de lectura es la mejor demostración de su legitimidad. Y desde este punto de vista el autor cumple suficientemente sus objetivos.

No obstante la tesis de fondo (que es a la vez una advertencia) se encuentra en otro nivel: la minusvaloración del Antiguo Testamento lleva pareja una minusvaloración del Nuevo Testamento (p. 86). La tendencia permanente en el ámbito cristiano para marginar o relegar el Antiguo Testamento puede conducir fácilmente a prescindir o relegar el Nuevo Testamento. Cuando se introducen criterios no estrictamente bíblicos o teológicos para despreciar el Antiguo Testamento, estos adquieren una autonomía propia que —desde su superioridad— acaban también juzgando al Nuevo Testamento. En definitiva lo que está en juego en uno y otro caso es la positividad de la revelación y la coherencia de los hechos y de las palabras que constituyen esa positividad. La lógica de la Ilustración realizó ya ese camino. Y, como señala el autor, ese dinamismo puede manifestarse en posiciones ideológicas (aparentemente) contrapuestas: cuando una ideología política pretende justificar sus actitudes anti-judías “limpiando” la historia cristiana de sus raíces y de su savia veterotestamentaria.

Lo que está en juego por tanto no es simplemente una polémica exegética, que pudiera mantenerse en el marco de los estudios bíblicos. En su raíz está en juego el sentido del cristianismo y del mismo judaísmo.

El autor muestra con claridad los frentes respecto a los cuales realiza su aportación. Desde el punto de vista judío Harold Bloom en *El canon occidental* denunciaba la apropiación por parte del Nuevo Testamento de un

texto (el Antiguo Testamento) que no necesitaba ninguna instancia externa para ser leído y entendido. Esa apropiación ha tenido lugar además mediante la lectura errónea más poderosa y fructíferamente creativa de toda la historia textual. Se ha "reducido a la esclavitud en forma de Antiguo Testamento" a una tradición que tenía su propia identidad. Con ello además ha falsificado evidencias históricas: la radical incompatibilidad entre Yahvé y Jesucristo (en cuanto "Dios teológico"); resulta una llamativa ironía que se haya utilizado como base de una alianza nueva al Jesús de Nazaret que tan fiel se mostró a la alianza de su pueblo.

Nuestra época no está libre de la tentación marcionita, como se muestra cuando se insiste en la novedad del Nuevo Testamento sin fundarla en el Antiguo Testamento, pues en tal caso el Nuevo Testamento no sería visto como el testimonio de un acontecimiento pacientemente esperado (p. 100). Esta tentación tiene raíces hondas en nuestra mentalidad. En la época moderna el cristianismo ilustrado y la teología liberal tienden a considerar como un lastre para la novedad cristiana el recurso al Antiguo Testamento. Lessing, en sus intentos por reconciliar el Evangelio con la sensibilidad moderna, consideró el Antiguo Testamento como un libro para niños y para un pueblo infantil, que muestra su agotamiento cuando viene un pedagogo mejor. Y desde el ámbito más estrictamente teológico Harnack denunció como "parálisis religiosa y eclesial" la tozudez en conservar el Antiguo Testamento con el mismo valor que el Nuevo Testamento.

La mejor respuesta a tales objeciones o reticencias es mostrar las "aperturas" que brotan del mismo Antiguo Testamento, lo cual confirma que sería una violencia cerrar el Antiguo Testamento en sí mismo. De hecho es un anacronismo pensar en una "Biblia encuadernada" que mostrara el número de libros considerados "Escritura Sagrada" y el orden de los mismos en el siglo I d.C. Tampoco por tanto las Escrituras de Israel se presentan en ese momento como un corpus ordenado y cerrado. Las implicaciones de este hecho se confirman si se considera el Antiguo Testamento como testimonio de una historia, de una historia en acto. Encerrar a Yahvé en un libro iría contra la misma naturaleza de Dios y del libro. Situándose en la lógica de la historia se puede captar el sentido de un "cumplimiento" del Antiguo Testamento, que no puede ser otro texto o la adición de nuevos libros, sino un hecho a la altura de esas expectativas.

Esas expectativas se pueden identificar en la serie de aperturas que surcan el Antiguo Testamento: la progresiva condescendencia de la Palabra de Dios en Israel, el dinamismo de las promesas y de la bendición sobre todos los linajes de la tierra, la apelación de los profetas a una novedad en la alianza o a una "recreación" ante la incapacidad de Israel por conservar la fidelidad a su compromiso, la constatación de que el retorno del exilio no responde a lo esperado, el significado de un Elías que es esperado para abrir el camino del futuro, el horizonte de la Sabiduría que va facilitando una actualización permanente del proyecto de Dios al ritmo de los acontecimientos de la historia, las distintas figuras mesiánicas que apuntan siempre hacia un

futuro aún abierto. La alianza sináptica se abre a un segundo momento, concebido como plenitud, que se expresa incluso en un libro como el Cantar de los Cantares: "Que me bese con los besos de su boca"; ahí se expresa el anhelo de una nueva intervención divina, una intervención directa en la que el rey (o el hijo del rey) venga a besarnos con los besos de su misma boca. Es precisamente la peculiar relación de Yahvé con su pueblo lo que permite que los creyentes puedan elevar su clamor al Dios que no ha cesado en su creatividad y que por ello puede de nuevo sorprender a su pueblo.

La lectura canónica (o "cristiana") de los textos del Antiguo Testamento debe ser sin embargo muy cuidadosa para no rebasar sus límites y para no suscitar por ello las reticencias mencionadas. Dos indicios podemos señalar en el libro recensionado. "La misteriosa personificación de la Sabiduría" puede ser interpretada como "alteridad en el seno de Dios", pero resulta excesivo a nuestro juicio decir que "se traslada al seno mismo de la divinidad". En el libro de Job una lectura sincrónica de las distintas partes de la obra no debería servir como medio de desactivar la protesta del hombre que sufre injustamente y que lanza sus interpelaciones a Dios; una lectura simplista de los últimos capítulos podría ser utilizada como justificación de la teodicea defendida por los amigos de Job.